



III

LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES

El Virrey Don Francisco Javier Venegas, que acababa de llegar á la Nueva España, supo atónito que la *insignificante* conjuración de Querétaro había estallado con tal ímpetu en Dolores, y tomado tales creces en San Miguel el Grande — donde dos compañías del Regimiento de Dragones de la Reina se unieran á las masas de Hidalgo, con entusiasmo, formando compactas columnas que sorprendieran Celaya, amenazando Querétaro, — que tuvo que expedir proclamas furibundas y poner á precio las cabezas de los principales caudillos: Hidalgo, Aldama, el terrible Allende y Abasolo, ofreciendo por cada una de ellas diez mil pesos, distinciones y honores...

Nada más bárbaro é impolítico que semejante bando en la primera autoridad del reino, quien sancionaba el asesinato, la traición y todos los crímenes, pagándolos con honores, con tal de obtener esas *despreciadas y fementidas cabezas*, que venían á trastornar la paz y la quietud de tres siglos de dominación española.

El clero se desató en anatemas y excomuniones contra Hidalgo y los suyos, y la Inquisición reanudó el proceso que le iniciara en secreto años antes. Rabia colosal se produjo también entre los españoles ricos y nobles, los grandes propietarios, el clero alto y los empleados del Gobierno virreinal... Sólo el pueblo que sufría y trabajaba, siguió impávido esperando el instante de obrar, no conociendo aún en México la magnitud y alcance de la sublevación.

El virrey se preparó á la lucha ordenando el levantamiento de las milicias provinciales, formando planes de ataque y defensa, mostrando actividad suma y suma torpeza también.

Envío á Querétaro una división compuesta de las tropas que guarnecían la capital, el regimiento de Infantería de la Corona, fuerte de dos batallones y cuatro piezas de artillería, la columna de Granaderos de dos batallones también con siete compañías cada uno, cuatro cañones, Regimiento de Dragones de México y el Regimiento Provincial de Puebla al mando del coronel Don Manuel Flon, conde de la Cadena, rudo y bravo jefe realista, que debía de entrar en campaña uniéndose con la brigada de tropas de caballería que levantaba prontamente en San Luis el brigadier Don Félix María Calleja del Rey.

Venegas hizo venir á la capital otras tropas cercanas, como el Regimiento de Tres Villas, los Regimientos provinciales de Puebla, así como la marinería de la fragata « Atocha » que trajo el Virrey de España.

*
**

Hidalgo después de instalarse en Guanajuato donde tomó cuantiosos recursos en plata, oro, valores diversos particulares, confiscando cuanto pudiera servir para fabricar armas, fundiendo cuatro pequeños cañones muy toscos y deficientes, requiriendo caballos, mulas y asnos para equipajes y conducción de parque y municiones, nombró ayuntamiento, incorporó á su fuerza innumerables voluntarios y las compañías provinciales que le habían resistido en un principio.

En suma, con menos mal armamento, regular numérico para gastos, y sesenta mil hombres, se dirige prontamente, sabiendo que la prontitud en sus maniobras era el triunfo, hacia Valladolid, en tanto que Allende con una división selecta expediciona por pueblecillos y ranchos del Bajío en solicitud de más hombres y elementos, paseando triunfal la nueva bandera de Independencia.

Allende, que era verdadero militar, hizo comprender al improvisado Capitán General que debía rehuir combates y batallas campales, las que sólo pueden aceptar tropas disciplinadas é instruidas, — dirigiéndose sobre poblaciones fuera del alcance del ejército realista, para tomar en aquéllas recursos y propagar la idea luminosa, aprisionando á los españoles y sacando el mejor provecho de sus riquezas, mientras se iba educando su ejército para la guerra en espera de las recias campañas que habían de dar el triunfo definitivo á la Revolución.

Hidalgo se encontraba amenazado entre la división

del Conde de la Cadena, que ya había llegado á Querétaro y se preparaba á perseguirlo, y la brigada de Calleja que con aguerrido ejército, con la seguridad de una fácil victoria, iría á despedazarlo entre San Luis y Guanajuato ó Querétaro.

Así es que, con toda precipitación y en medio del mayor entusiasmo del pueblo, abandonó el caudillo la abatida y exangüe ciudad, días antes tan rica y tranquila durmiendo sobre sus tesoros...

Tomó por el Valle de Santiago llevando siempre á vanguardia el estandarte de la Virgen de Guadalupe y á retaguardía los prisioneros españoles que iba haciendo en el camino, habiendo dejado cerca de trescientos custodiados en la Alhóndiga de Granaditas.

Siguió hacia Salvatierra, continuando por Acámbaro, Zinapécuaro é Indaparapeo, apoximándose á Valladolid sin ningún tropiezo y sí con la satisfacción de que Aldama cerca de Celaya levantaba pueblos, haciendas y rancherías, robusteciendo su división expedicionaria... ¡Las llanuras del Bajío repetían los gritos de libertad é independencia que durante años y años hacían correr la sangre de los valientes hijos de sus campos!

*
*
*

En la ciudad de Valladolid, al saberse la rápida y avasalladora marcha de aquel cura, á quien el Obispo Abad y Queipo de aquella misma Diócesis había excomulgado furibundamente, hubo igual consternación á la de Guanajuato, no obstante contar la ciudad con mejores elementos de defensa.

El Obispo se pone al frente de ésta y forma ocho compañías de defensores, cuyo mando entrega al canónigo Ledos; hace maniobrar al Regimiento Provincial y llama á los *Dragones de Pátzcuaro*, al mismo tiempo que manda bajar el esquilón mayor de catedral para fundir cañones, asesorado por el teniente Iturbide, dispuesto á batir á los insurgentes en guerra sin cuartel, con todo el odio de su corazón y toda la inteligencia de su espíritu.

Mas he aquí que sucedía lo de siempre :.. arriba, en las clases altas, en los que poseían riquezas ó empleos con pingües ganancias, el más profundo egoísmo ó el miedo... el pánico en las señoras... y en el pueblo, fría y taciturna actitud, un dejo de hostilidad para con sus señores y secreta simpatía para los que llegaban sin darse cuenta aún qué objeto traían y qué estandarte enarbolaban.

De suerte que, no obstante tan belicosos aprestos del Obispo, cuando Hidalgo intimó rendición á la plaza el 15 de Octubre, divididas las opiniones de los notables, el Ayuntamiento, las milicias y el Clero, hubo de optarse por dar entrada al Capitán General Don Miguel Hidalgo, yendo una comisión del Ayuntamiento hasta su cuartel general, á seis leguas delante de la ciudad, para ofrecerle su rendición, en tanto que por otro rumbo partían á escape para México los principales personajes de aquella, entre ellos el Obispo, Iturbide y el canónigo Ledos.

El 16, 17 y 18 de Octubre fueron días memorables... en que entraron lentamente á la célebre Valladolid los sesenta mil hombres de Hidalgo, quien con toda pompa mandó abrir las puertas de la catedral para dar gracias al Señor de los cielos por el éxito de la Santa Causa...

Infinitas ventajas obtuvo el bravo caudillo de su entrada á una ciudad de tan grande importancia como Valladolid, hoy Morelia. Nuevos caudales y nuevos regimientos fortalecieron aquello que ingenuamente llamaba *su ejército*... ¡Era sin embargo un pálido esbozo de lo que había de ser el ejército mexicano después de crueles etapas de miseria, sangre y fatal desorden, falta de cerebro y de fijos ideales para sus grandes sacrificios y abnegaciones!

Las fuerzas que aprestara el obispo para resistir, se incorporaron todas con las del Libertador, que mandó proceder á fundir artillería y armas, pues aún el grueso de su gente estaba inerme... ¡Apenas garrotes y piedras llevaban sus indios!

Nombrados los nuevos empleos civiles y eclesiásticos, después de que el canónigo Lizana hubo levantado la excomuni6n general, salió el humano torrente para dirigirse á todo impulso hacia la capital de la Nueva España... ¡Era urgentísimo no dejarse alcanzar por el ejército realista del Conde de la Cadena y de Calleja que ya le buscaban de cerca...

¡Hacia México! ¡Hacia México!

Las turbas iban frenéticas de alegría, entonando cantos de triunfo, prometiéndose enarbolar en el lejano y para ellos maravilloso México, — capital del Reino, ciudad de príncipes, condes y marqueses, — su humilde estandarte con la aparecida Reina del Tepeyac.

Vuelve Hidalgo por el mismo camino y en Acámbaro pasa una gran revista á sus muchedumbres, donde es aclamado por más de ochenta mil hombres.

Allí decide con Allende — alma de las operaciones y maniobras pseudo-militares — dividir la fuerza en regimientos de mil individuos al mando de coroneles...

Hidalgo quedó nombrado Generalísimo de los ejércitos; Allende, capitán general, y Aldama, Abasolo, Balleza y Jiménez tenientes generales.

Redactaron reglamentos militares y de policia, y los jefes eligieron uniformes, optando el caudillo por usar casaca azul con collarín, vueltas y solapas rojas con bordados de oro y plata, tahalí negro bordado también, y sobre el pecho un medallón de oro con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

En compactas columnas aclamadas en pueblos y ranchos, tras el enhiesto estandarte de la Independencia con ensordecedor vocerío y coros de cantos delirantes, aquella masa gigantesca, desordenada, inerme y frenética va rebosando por los valles, desbordándose de los estrechos caminos... acampando al aire libre bajo el cielo benigno en las noches, para levantarse antes del alba al toque de los tambores, y oyendo después la misa que celebra su amado cura y admirado general. Se dirigieron hacia Toluca por Maravatio, Tepetongo é Ixtlahuaca.

*
**

Hubo un incidente en Indaparapeo. Un noble y robusto cura se aproximó al Capitán General solicitando hablar con él... conversan y de pronto Hidalgo ante su fulgurante mirada y su profundo y tierno discurso vibrando patriotismo y ciencia tiene un arrebató y nombra á aquel cura Coronel, diciéndole :

— Te he comprendido... Sé quién eres. Tienes razón; ve al Sur; levanta á los hijos de las sierras que son

inmensos baluartes; toma Acapulco y apóyate en el Gran Océano!

¡Así sucedería!... El cura partió y no se vieron más. Era el genio de la guerra de Independencia. Era Don José María Morelos y Pavón, el águila del Sur. Ya lo encontraremos en sus grandiosas campañas...

..

¡Jamás en México se había experimentado tan horrenda aflicción, y nunca como entonces se creía en el fin del mundo!...

¡Las hordas de aquel ogro, las chusmas de fieras y bandidos de aquel abominable ser fuera de la ley humana y de la justicia divina entrarían á la buena y muy sumisa y leal ciudad de México!

— ¿Será posible semejante cataclismo?... ¿Será esto castigo del cielo por nuestros pecados? se preguntaban prelados y ricos-homes, comerciantes, empleados y frailes, yendo á enterrar sus tesoros aun á los mismos sepulcros de sus padres.

Era que Venegas había sabido la entrada de los insurgentes á Valladolid, por boca de los mismos fugitivos, el Obispo Queipo, Iturbide y demás próceres, quienes naturalmente exageraban en sus narraciones.

El virrey, como pudo, reunió una fuerte y selecta división de dos mil y tantos hombres, poniéndola al mando del joven Coronel Don Torcuato Trujillo, bravo militar, pero ignorante, orgulloso y sobre todo muy poco práctico.

Componían su fuerza el Regimiento « Tres Villas » con dos batallones al mando del coronel José Mendíbil

y los Dragones del Regimiento « España ». Debía esta división fortificarse en Toluca, defendiendo tan importante ciudad, mientras del interior llegaban Flon y Calleja á pulverizar las hordas de Hidalgo.

En México quedó de guarnición el Regimiento Urbano de Comercio y un ridículo cuerpo diz que de voluntarios aristócratas, denominado « Regimiento de *Patriotas distinguidos de Fernando VII* », formado de ricos que pagaban á pobres diablos porque sirviesen en su lugar cuando era necesario.

Trujillo sale de Toluca á reconocer el camino del norte el día 28 de Octubre, encontrándose con que un fuerte destacamento que había colocado en la cabeza del puente de San Bernabé, sobre el río Lerma, ha sido arrollado por los independientes que avanzan como tromba sobre Toluca.

Débil y sin conocer nada del enemigo á que debe resistir, el joven coronel abandona Toluca, y se retira á Lerma, población donde se fortifica cerrando con fosos y trincheras la calzada que de aquella conduce á ésta, interceptando el camino de México.

El día 29, un cura de las cercanías le advierte que el enemigo puede ir á pasar por el puente de Atengo, hacia el Sur, para tomar el camino de Tianguistengo á Cuajimalpa, rodeando el monte, cortar la retirada á los realistas, y caer sobre la Capital por sorpresa, llegando como después de un paseo.

Alarmado Trujillo manda un destacamento á Tianguistengo al Sur de su posición, ordenando previamente que se destruya el puente... ¡Tardía disposición que lo perdió! Ya una división enemiga, con el bravo Jiménez á la cabeza, ha pasado desbaratando las avanzadas del realista, dirigiéndose por el camino que, flanqueando

el monte de las Cruces va á dar á Cuajimalpa, tras esta Sierra, ya en pleno Valle de México.

Mientras esto se ejecuta, el grueso del ejército de Hidalgo llama la atención de Trujillo á su frente por la calzada de Toluca; mas habiendo sabido él que otras tropas enemigas se adelantan para situarse á su retaguardia entre México y las fuerzas del frente, envolviéndolo, comprende aunque tarde sus faltas, y dejando destacamentos y grandes guardias en Lerma y otros puntos escalonados, parte al terminar el día á tomar posición en lo alto del monte de las Cruces, á donde llegó Allende media hora después.

Ejecuta Trujillo con rapidez este movimiento que es toda una retirada, casi una fuga, dejando comprometido en Lerma á Mendibil con el Regimiento « Tres Villas » que se bate en retirada con brío y discreción, hacia la columna central internada en el Monte, haciendo nutrido y certero fuego en las desordenadas filas insurgentes donde no hay bala española que no siembre la muerte.

En la noche del 29, los dos ejércitos acampan uno enfrente de otro, habiendo escogido el coronel realista el fondo pedregoso y selvático de una estrecha meseta, inepta disposición del hispano jefe, pues estaba dominada á los flancos por diversas alturas cubiertas de cedros, pinos y malezas.

El plan de Hidalgo, mejor dicho, de Allende, había sido combinado con toda habilidad, y era sencillo, si se lograba — como en parte se hizo — obrar con la suficiente rapidez para sorprender ó adelantarse al enemigo.

Dehía Jiménez seguir continuando su movimiento de flanquear y envolver al adversario cerrándole la retirada

en Cuajimalpa mientras Hidalgo lo perseguía de frente con todas sus fuerzas, no sin llamarle falsamente la atención por el Norte.

Muy imperfectamente se ejecutó este plan, mas siquiera fué lo suficiente para haber ganado la terrible jornada.

En la mañana del 30 de Octubre los realistas se parapetan tras las rocas y los pinos, atrincherándose sólidamente, teniendo ante sí un gran claro donde sus fusiles abatirán las masas enemigas. Á éstas las anima el intrépido Abasolo que manda una carga á vanguardia para reconocer la fuerza de resistencia del enemigo perfectamente oculto en el bosque.... Escúchanse algunos disparos de una á otra parte... Hidalgo arenga y de pronto al grito formidable de *¡Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la Independencia!* se lanza la apretada falange que atraviesa la meseta del monte, llevando á los flancos la caballería.

— *¡Viva el Rey! ¡Viva Su Majestad Fernando Séptimo!* contestan los españoles, — y tremenda granizada dobla las primeras filas, y sus dragones abren claros sangrientos en las masas que vacilan y cejan, aullando.... Pero resuenan nuevos gritos, los de atrás empujan á los de adelante... no hay que cejar... y continúa el impulso, pasando sobre los cadáveres... mas al llegar ya á las trincheras españolas, la segunda fila dispara sus fusiles á quemarropa sobre la avalancha humana que vuelve á oscilar y á aclararse entre feróz gritos, rugidos, ayes é injurias... *¡Adelante! muchachos... arriba... sobre esos... ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!* grita Abasolo, pistola en mano. — Las trincheras son sólidas, bien cubiertas y en sus puestos los soldados que han logrado cargar de nuevo y que hacen nueva

descarga horrenda... mientras apenas los insurgentes con sus lanzas y malos fusiles han abatido uno que otro muerto... Allá en lo alto de la gigantesca arboleda se oyen crujidos de terrible lluvia... son las piedras de las hondas insurgentes que no causan en ese momento gran daño...

Hubo que retroceder para preparar tras sus posiciones de la noche un nuevo y formal asalto á fondo y con todas las masas... Eran las ocho y media de la mañana...

En esos momentos Trujillo recibe un buen socorro... Venegas le ha enviado dos cañones de á cuatro, servidos por un teniente de artillería de Marina, Ustoria, cincuenta jinetes lanceros de las haciendas del rico español Yermo y trescientos treinta mulatos bien armados... Esto hizo cobrar gran ánimo al jefe español y su gente que temían un ataque decisivo... y que no podían tomar la ofensiva, pues sería correr á pronta é inútil muerte...

Allende no desespera, en tanto, y forma su columna... Á la izquierda cinco compañías de lo mejor del Regimiento de Celaya, el Regimiento Provincial de Valladolid y el batallón de voluntarios de Guanajuato; á la derecha el Regimiento de caballería de Pátzcuaro y Regimiento de la Reina... en el centro los más bravos y mejor armados rancheros á caballo y á pie... Á retaguardia el regimiento del Príncipe, como de reserva, lo mismo que un buen núcleo de jefes dispuestos á impulsar el ataque, animando á los de vanguardia á dar la carga á fondo... y por fin, diseminados por los flancos, sin orden, abandonados casi á sí mismos, nada más para que formaran grupos y masas amenazadoras y aullantes... los inermes, los últimos y más pobres

peones unidos en las últimas jornadas, multitud inútil y embarazosa.

Hidalgo se multiplicaba, entusiasmando al tremolar el estandarte con la Virgen. Allende, inteligente y vivo, daba órdenes precisas, severo y terrible, y Abasolo se ponía al frente de la ancha y honda columna...

Por su parte Trujillo ya animado con sus bocas de fuego y sus cuatrocientos hombres de refuerzo y de refresco, ocultaba los temibles cañones entre la espesura, con ramajes y malezas, abocados al centro de la meseta para despedazar y barrer con las masas asaltantes...

Sonó la voz terrible del ataque... y más tremenda y formidable que antes tronó la gritería... ochenta mil voces rugieron en el grandioso monte: — ¡ Viva nuestra Señora de Guadalupe!

— ¡ Viva el Rey! — contestaron solemnemente dos mil realistas en el instante en que se oyó la descarga nutrida de la fusilería... y luego estallaron los estampidos de los traidores cañones...

Hubo algo como estupor, y la enorme columna pareció vacilar... mas después con mayor energía reaccionando en su rabia, fué á chocar contra las trincheras, frenética, tumultuosa, infernal y sublime...

Ya no hubo entonces quien cejara, todos siguieron adelante... y empezó la carnicería cuerpo á cuerpo, y los españoles fueron rodando abrazados á los indios... en una refriega inaudita y feroz... Tronaban los cañones abriendo largos surcos de fuego y carnaza humana en un huracán desenfrenado; rompiéronse las trincheras... y derrepente... hubo un flaqueo por parte de los realistas. Allá á su izquierda, desde lo alto de unas lomas el bravo Jiménez con tres mil indios y un cañón lo flanqueaba de súbito haciendo acallar

uno de los cañones realistas, dominando completamente el núcleo de sus fuerzas.

Trujillo cambió entonces su orden de batalla, puso á su izquierda al capitán Bringas con los lanceros de Yermo y compañías del Regimiento « Tres Villas », en la derecha que se replegó, á Iturbide con las otras compañías del mismo cuerpo, y en el centro lo mejor de las tropas sobre el camino de México, al mando del mayor Mendivil, quien se encontraba herido lo mismo que el capitán Bringas. La reserva á las órdenes del mismo Trujillo fué á contener á las fuerzas flanqueadoras de Jiménez, cuyo cañón hacía un fuego certero sobre los realistas, que á medida que disminuían se iban estrechando sin retroceder, acometidos con furia á sus flancos y en su frente.

En ese instante se luchó con más desesperación por ambas partes, con un encarnizamiento profundo. El inmenso bosque retemblaba al estruendo de las desordenadas descargas que dominaban los aullidos de cincuenta mil indios en un formidable coro de desolación y muerte.

Momentos después los oficiales insurgentes llamaban á gritos á los mexicanos realistas, enemigos del momento, ofreciéndoles garantías y puestos en sus filas, haciendo ondear al mismo tiempo una bandera parlamentaria para ver de entrar en arreglos.

El fuego realista cesó entonces paulatinamente... ¿Trujillo aceptaba parlamentar? ¿se iba á rendir por fin?

Así lo creyeron los jefes insurgentes é hicieron volver á sus puestos á los rabiosos luchadores. Después enviaron en buen orden una columna con emisarios en son de paz para dar y recibir las proposiciones del armisticio ó de la rendición; mas he aquí... que al

llegar cerca del enemigo, éste rompe un fuego repentino sobre los confiados insurgentes que rodaron cadáveres...

¡ Aquello fué inauditamente infame!... indigno de la legendaria caballería hispana... ¡ Vil traición que habría de manchar para siempre el nombre del jefe realista, ante sus mismos compatriotas!...

Una tempestad de indignación se desató en el campo insurgente donde la cólera hizo arrebatarse, sin esperar órdenes, á las destrozadas muchedumbres, sedientas de venganza, precipitándolas sobre sus felones enemigos que se habían rehecho y vuelto á sus posiciones, durante la tregua del combate, obtenida tan indignamente.

Ya los dos cañones antes tan furiosos han callado... Un grupo de valientes con lanzas y reatas, precedidos de pelotones de indios con troncos de árboles que formaban parapetos ambulantes, se había precipitado arrollando obstáculos hasta el cañón que aun respondía y barría filas enteras de asaltantes, logrando arrancarlo de sus afustes y llevárselo al campo insurgente donde fué recibido con inmenso júbilo, reanimando á todos...

En vano el teniente Iturbide, loco de rabia, agotaba sus fuerzas dirigiendo un pelotón de audaces del Regimiento de « Tres Villas » á recuperar, el cañón, que fué entonces asestado contra sus antiguos poseedores...

Media hora después, por entre el monte huían jadeantes, perseguidos por la caballería de los insurgentes, los últimos realistas del coronel Trujillo.

¡ La derrota había sido completa! Dos mil valientes mexicanos realistas, mártires de su deber y fieles á su juramento, yacían sobre el lomo inmenso de la gran Sierra, mezclados con cerca de tres mil mexicanos insur-

gentes que habían sucumbido por la libertad y ya dormían besados por la gloria de un hermoso triunfo!...

Trujillo se abre paso con denuedo entre la caballería enemiga, acompañado de Iturbide y cosa de cincuenta fugitivos resto de sus granadas tropas; llega á Cuajimalpa donde se hace fuerte; pero acometido rudamente tiene que abandonar la Venta y seguir hasta el pueblo de Santa Fé, llevando en el alma la vergüenza de la derrota y la firme convicción de que al siguiente día arderá la capital de la Nueva España, presa de los horrores de espantoso saqueo, ocupada por las hordas de Hidalgo.



IV

EL COMBATE DE ACULCO

Después de la decisiva derrota de las fuerzas realistas en el *Monte de las Cruces* frente á la poderosa capital del virreinato, después de ese magno triunfo de las huestes insurgentes que lograron de pronto y con el mayor éxito abrirse el camino de México, á una jornada apenas de esta ciudad, el más bisoño teniente hubiera seguido hacia adelante para aprovechar la victoria, sabiendo que en la plaza reinaba el mayor pánico y estaba casi inerme.

Pero tras de las jornadas de Toluca, Lerma y las Cruces tan bien dirigidas hacia el objetivo de tomar México, tras marcha arrolladora y sangrienta, en el momento en que la gran selva repercutía las dianas y los cantos de victoria de las multitudes insurgentes que se encaramaban en las próximas alturas hasta dominar el grandioso lejano Valle donde se asentaba la codiciada capital, Hidalgo, sombrío y taciturno, vacila, titubea como siempre, y cuando Allende el intrépido vencedor le habla de seguir y caer sobre la gran ciudad, el Generalísimo mueve la venerable cabeza

como diciendo: *No mas allá*. No... no quiso descender sobre la regia presa tan fácil de conquistar...

Refiere la leyenda que hubo esa noche de triunfo, mientras se levantaba el campo de batalla del *Monte de las Cruces*, á los fulgores de las rojas luminarias, al son de los cantos de los vencedores ahitos de gloria, un grave altercado entre el Generalísimo Hidalgo y el Capitán General Allende.

Éste optaba por caer sobre el Valle, sin vacilaciones, dirigiéndose hasta el centro, aprovisionándose en los pueblecillos de los alrededores de México, aprovechando la profunda consternación de aquel vecindario de ricos y nobles, magníficos funcionarios y clérigos, incapaces de defenderse en una ciudad entonces fácil para cualquier golpe de mano.

En efecto, se imponía semejante plan y era preciso ejecutarlo sin pérdida de tiempo... ¡Aprovechar, aprovechar el triunfo! No dejar rehacerse al enemigo... y dado el pánico de la ciudad, tras de la rota de la división de Trujillo, atacar la capital á todo estruendo, tomando las cuantiosísimas riquezas que encerraba, hiriendo en el corazón al poder colonial con el saqueo, el incendio y la decomisación de provisiones de todo género, haciéndose de caudales y atrayendo gente del pueblo, que se entusiasmaría por la causa de la libertad en cuanto se le hablara!

¡ Ah! no había que perder un minuto!... ¡ La gran ciudad brindaba con su servilismo indolente y su pompa oficial inútil y cobarde, su posesión al enemigo.

— ¡ Sobre México, sobre esa capital riquísima, señor!... ¿ Á qué hemos venido?... ¿ Por qué atacamos en difícil campaña en lo alto de este monte un enemigo tan superior en calidad; un verdadero ejército,

sino para abrirnos paso hacia el centro y núcleo de la Nueva España?... ¡ Á México, señor!.. No dudemos un instante. ¡ Sobre ella!

Así se expresaba Allende ante el caudillo de la Independencia, escuchando sus entusiastas palabras los principales jefes, comprendiendo toda la razón que le asistía.

Hidalgo — ya lo hemos dicho — no era guerrero, ni comprendía el peso de las frases de un militar inteligente y firme como Allende... El buen cura tenía sus escrúpulos; se alarmaba al pensar en los estragos de un saqueo cien veces más atroz y tremendo que el de Guanajuato... y se veía luego acosado en el Valle ó en las mismas calles de México por las tropas realistas de Calleja y Flon que del Norte avanzaban sobre él... Agregaba, por otra parte, para apoyar su contramarcha, que estaba escaso de municiones y temía no poder forzar las tropas que el Virrey Venegas colocaría en los puntos de ataque.

Siempre fueron esas vacilaciones las que perdieron á Hidalgo y los suyos, y los llevaron á los tristes desastres y hecatombes que un buen jefe táctico hubiese evitado...

No escuchó ni quiso secundar á los buenos militares... y sin plan fijo, sin objetivo de campaña, sin fin hacia el que dirigirse, normando sus operaciones, fluctuó lamentablemente en sus proyectos, rehuendo un asalto cuando era preciso y de éxito fácil, ignorando las maravillas de la estrategia.

Innumerables autores defienden su actitud al no querer entrar á México; mas es seguro que Morelos, Guerrero, Mina y otros bravos y aptos capitanes hubieran ejecutado esa entrada. ¡ Qué golpe para el

virreinato! ¡Qué pasmo por todas partes! ¡Qué debilitamiento de las fuerzas realistas!

Al aproximarse al Valle Flon y Calleja, podría él evitar su encuentro saliendo de México, internándose en los laberintos del Sur, fraccionando su ejército en guerrillas ricas y contentas, que irían á llevar la antorcha purificadora y siniestra de la guerra y del incendio...

Así se expresan otros autores respecto á la contramarcha de Hidalgo al Interior cuando tenía abierto el camino de la capital de la colonia para dar golpe de maza al poderoso enemigo.

Hemos consultado veteranos y tácticos conocedores de esas tragedias épicas, y la mayor parte optan por dar la razón á Allende, que urgía por aprovechar el triunfo y caer sobre México, opinión que está con la nuestra por ser la que impusieron los acontecimientos de aquella guerra desigual y atroz ¡pero gloriosa para todos los mexicanos!

En efecto, en la gran ciudad de los virreyes hubo *procesiones, rogativas, tedeums* y una actividad medrosa por ocultarse y esconder caudales, teniendo por seguro que los insurgentes atacarían el 1° de Noviembre incendiando, saqueando y profanando casas, palacios y templos...

El Virrey mandó situar tropas por las calzadas del Poniente, — tropas improvisadas y medrosas, — cañones en Chapultepec y patrullas avanzadas para que diesen la fatídica señal de la aproximación del formidable ejército *de los vándalos de Hidalgo*, — *monstruo demoníaco, como se lo imaginaban todos los españoles*. Se nombró *Generala del Reino á la Virgen de los Remedios* y el mismo Virrey le confirió el bastón

de mando, con gran pompa y solemnes manifestaciones oficiales ridículas.

El derrotado Trujillo, sabiendo desde Chapultepec que Hidalgo se dispone á levantar el campo y á contramarchar, rinde de acuerdo con el Virrey Venegas un parte triunfal por el que había de ser considerado este torpe jefe, ¡oh triste sarcasmo! como el Leónidas del monte de las Cruces!

Alejado el peligro volvió la alegría á la buena ciudad virreinal, en tanto que allá en los llanos del Norte se aproximaban las fuertes divisiones de Félix Calleja y del Conde de la Cadena, tipos sanguinarios que iban á entrar bien pronto en escena en el vastísimo teatro de aquella guerra.

*
**

Guarnecía San Luis el brigadier Don Félix Calleja del Rey, quien según rápidas órdenes de Venegas y por propia iniciativa, organizó tropas al instante, requiriendo hombres, acémilas, equipo y tesoros, suministrado todo ello por ricos propietarios de inmensas haciendas, que eran los más amenazados, naturalmente, en aquella revolución que proclamaba en el fondo *Libertad é Independencia*. Los representantes de la Iglesia, riquísimos aún más que los hacendados, también pusieron gente, bestiaje, armas, provisiones, equipo y dinero á disposición del brigadier Calleja...

Este jefe forma una división de cinco mil caballos, seiscientos infantes y ocho piezas de artillería, distribuidas en dragones, compañías ligeras, lanceros y regimientos provisionales.

En la hacienda de la Pila, muy cerca de San Luis, estableció un gran campamento donde estuvo recibiendo los hombres y caballos que le enviaban de todas las fincas; dando instrucción á los cuerpos que se iban integrando, educándolos en la más severa disciplina. Entre ellos se había de distinguir bien pronto el que organizó con el nombre de *Patriotas del Potosí*, al que vulgarmente llamaron después de *Los tamarindos* por estar sus individuos uniformados de gamuza, en vez de paño, que estaba muy escaso.

Abandona á Riaño quien desde Guanajuato le pide auxilio angustiosamente en visperas de ser atacado por Hidalgo, y sale del campamento de la Pila el 24 de Octubre, rumbo á Dolores, donde habrá de reunirse con las fuerzas del Conde de la Cadena.

El día 22 partió de Querétaro este veterano con las tropas con que salió de México, amenazando á los habitantes de aquella ciudad en una abominable arenga, con hacer derramar ríos de sangre en sus calles si sabe que muestran simpatía á los *rebeldes bandidos*, á quienes, asegura, va á hacer polvo.

Al pasar por San Miguel el Grande manda que sus tropas entren á saco en las casas de Aldama, de Allende, del Coronel la Canal, y otras... y la fuerza realista, que representa el orden, da el ejemplo, con el saqueo, de un bandidaje indigno, inexcusable en fuerzas bien pagadas, instruidas y educadas en la disciplina más severa, tropas que representando el gobierno, el orden y la ley son lanzadas oficialmente al pillaje y al asesinato. Cuando se reunieron en Dolores las dos divisiones, se repitieron las mismas escenas de saqueo en las casas de Hidalgo y en las de todos sus adictos.

Desde ese momento, ante este ejemplo de atroces represalias, se cerraba la puerta á todo acto de nobleza y de caballeridad por parte de los insurgentes. ¿Qué extraño que la guerra fuese ya sin cuartel, implacable y bárbara?...

¿Qué misericordia, ni qué estipulaciones de caballeridad y honor podrían pactarse, si los mismos Señores Brigadieres, nobles que ostentaban viejos blasones, se igualaban en sus arrebatos de venganza con los *plebeyos bandidos de reata, tranchete y honda, que formaban las chusmas del fementido Hidalgo?*...

Calleja, en Dolores, toma el mando del cuerpo de ejército que forman las dos divisiones unidas y al frente de dos mil infantes, siete mil caballos y doce piezas de artillería de á cuatro, atraviesa todo Guanajuato, recibido por las corporaciones municipales, los eclesiásticos y propietarios — todos españoles por supuesto — como un salvador *contra las incursiones del bandidaje de los que se llamaban independientes*.

Va á dirigirse por Celaya y Acámbaro; pero sabe que nuevos insurgentes de San Juan del Río excursionan, unidos con otros de Michoacán, levantados al eco del grito de Dolores, — y entonces endereza hacia Querétaro, donde antes se librara un combate entre las guerrillas improvisadas y la fuerza escasa de la ciudad, haciendo ésta retroceder á aquéllas, que iban casi inermes, pero que bien podrían cargar de nuevo, amagando el Bajío.

Dejando Calleja bien guarnecido Querétaro, sale en auxilio de la Capital de la Colonia amenazada por los rebeldes, según noticias terribles; llega á Arroyo-Zarco el 6 de Noviembre y allí recibe estupefacto la nueva de que Hidalgo está cerca con multitud de gente

indisciplinada, sin armas, y en informes grupos que parodian columnas, ocupando Aculco.

En ese mismo instante el Generalísimo sabía por su parte, sobresaltado, que Calleja unido al Conde de la Cadena, le saldría al encuentro, sobre el camino de México.

Ni uno ni otro caudillo esperaban encontrarse tan pronto ni tan cerca, y los dos adversarios debieron estremecerse al propio tiempo, por diversas emociones!

¿Podría asemejarse á algo que pareciese ejército el conjunto de hombres que conducía con su aliento y anhelo de libertad el cura de Dolores, cuando ni el más rudimentario servicio de avanzadas, grandes guardias, exploradores, escuchas y centinelas podía establecer con seguridad?

Y lo que no quiso ejecutar en *Las Cruces*, descendiendo sobre México, presa del pánico y de la angustia, — conquista asegurada, — se propuso cometer y perpetrar ante el pueblo de Aculco: ¡ Resistir al cuerpo de ejército de Calleja y Flon, divisiones perfectamente fuertes, aguerridas, armadas, instruídas y con oficiales inteligentes y numerosos, amén de buena artillería!

¡ Llevó el inmortal Padre de la Independencia sus huestes á la dispersión y á la muerte en esa primera tristísima derrota de Aculco!

Soñó en poder resistir con brío y éxito un ejército disciplinado — ¡ un verdadero ejército! — sin más ciencia Hidalgo que una falsa idea de lo que pueden las masas en el primer impulso.... y los mismos que le aconsejaron bajar al Valle y acometer México, le suplicaron evitase el encuentro con Calleja.

Vaciló de nuevo... perdióse el tiempo... y ya no fué

hora sino de conducir sus cuarenta mil hombres hacia una loma cuadrangular cerca del pueblo.

Allí formó tres líneas, frente al camino por donde se extendían los frentes de las fuerzas de Calleja... Entre las líneas en batalla, constituídas por gentes semi-armadas, puso á los que no tenían sino garrotes y piedras.

En la reserva colocó rancheros bravos y fieles lo mismo que en los extremos de los flancos... En el centro de la segunda línea de batalla, en el labio saliente de la loma, su pobre artillería, apenas malamente atrincherada con los cañones quitados al Coronel Trujillo, dispuesta á disparar sobre el fondo del enemigo al aparecer en el llano atacando la eminencia.

Pero esta artillería estaba tan mal servida y en tal estado de destrozo, que una vez apuntadas las piezas no podía cambiarse la puntería, la que estaba sumamente alta, cosa que comprendió al instante Calleja, por lo que la despreció completamente, avanzando con sus columnas en masa, al paso, bajo el inofensivo fuego de aquellos pobres cañones.

Agréguese á esto que aun los más ignorantes de los indios que llevaba Hidalgo comprendieron la mala disposición del frente de batalla, demasiado extenso, flojo, inmovilizado y sin reservas sólidas para proteger la retirada.

Triste mañana fué la del 7 de Octubre, preñada de fatales presentimientos, bien fundados por desgracia!

Calleja se dispuso al ataque con toda la seguridad de un triunfo facilísimo. Formó cinco columnas llevando dos piezas de artillería cada una, precedidas por extensa vanguardia de tropas ligeras de á caballo — escopeteros — en orden abierto... Á retaguardia un escuadrón de lanceros en masa, y como reserva dos

líneas de fuerzas paralelas... Los mejores jinetes, — armados de lanzas, — de las divisiones fueron escogidos para integrar una sección que envolviera por su derecha la posición enemiga, que exponía su retaguardia impunemente.

Al avistarse las columnas realistas rompió el fuego la artillería insurgente, pero no tenían las piezas la necesaria precisión y alcance y, además, la puntería era muy alta, y muy pocos tiros se aprovecharon.

Sin embargo, debió ser el daño de su fusilería y de sus honderos mayor del que se lo había imaginado Calleja, porque mandó suspender el avance y ordenó el pase de las columnas profundas á extensas líneas de batalla — *línea desplegada* — extendiendo el frente y disminuyendo el fondo de ataque, buena disposición táctica que contribuyó además á permitir que la caballería flanqueara por la derecha, yendo á tomar la retaguardia.

El centro realista, — tres columnas, — avanzó al asalto sobre la colina, disparando escalonadamente sus cañones... Hubo descargas de fusilería sobre los asaltantes, así como lluvias, — verdaderas tempestades — de piedras que lanzaban con sus hondas los innúmeros indios... Hizo tal estrago la artillería de los españoles, que hubo de cejar en desorden la primera línea insurgente arrastrando á la segunda...

Pronto faltó cohesión, y principió la desbandada á retaguardia ¡ huyendo todos por la espalda de la loma cuando apareció la caballería flanqueadora, que acuchilló á su gusto á las muchedumbres de indios... Y, digámoslo de una vez, ante la sorpresa del desastre, llegó el pánico, el terrible pánico que saben conocer todos los soldados del mundo...

La retirada se hizo en desorden, abandonando trenes, cañones, equipajes y prisioneros en una dispersión fatal incontenible!

Ese triste combate de Aculco que Hidalgo debió haber rehuido á toda costa, aun dejando al enemigo, de escalón en escalón, guerrillas con carros de bagajes para entretenerlo y dividirlo, retardando la persecución hasta poner en salvo el grueso de las tropas con sus recursos principales, sus banderas y sus estados mayores y cuadros de valientes, que serian, como sucedió más tarde — núcleos de fuerzas constituidas — ese triste encuentro aunque costó cuantiosos recursos, vidas y momentáneos conflictos, no fué como lo creyeron los jefes realistas, un golpe mortal á la insurrección. ¡ Acaso esa derrota engendraría los futuros triunfos para las armas de la libertad!

Se perdieron en el choque de Aculco ocho cañones, once cajas de pólvora, cuarenta botes de metralla, cincuenta balas de hierro, diez racimos de metralla, trescientos fusiles, dos banderas, un carro con víveres, mil trescientas reses, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, varios carros de equipos y heridos, diez y seis carruajes para jefes principales y prisioneros, y lo que es peor, seiscientos hombres apresados y doscientos entre muertos y heridos. Veinte y seis soldados de regimientos Provinciales de los insurgentes prisioneros fueron *quintados* ¡ y fusilados por Calleja los que obtuvieron el siniestro número!

¡ En cambio los hombres de la Independencia habían respetado las vidas de los coroneles prisioneros Rul y García Conde y del subdelegado Merino, quienes iban en coches, bien tratados y que obtuvieron su libertad á la hora del desastre!

¡ Y aun así el historiador Alamán, eterno impugnador de la gloria de Independencia, reprocha á los libertadores las ejecuciones fatales que tenían que ordenar en el momento de las venganzas y las represalias, caliente aún la sangre del combate!

Ochenta y cinco muertos y cincuenta heridos tuvieron los realistas y no uno, como asienta el brigadier Calleja en su parte oficial al Virrey Venegas.

Parece que el desastre fué atroz por sus efectos morales casi irreparables, y mas aún si se tienen en cuenta las deserciones y dispersiones consecuentes á la fatal derrota; mas tal es el vigor de los grandes ideales de los pueblos oprimidos, que este revés no minó la causa insurgente, pues mientras se reunían nuevas fuerzas vivas en torno de los estandartes de Hidalgo, y otros jefes y caudillos proclamaban las mismas ideas de independencia y libertad, levantándose súbitamente y como por encanto multitudes ávidas de lanzarse á las mismas nobles aventuras...

Además, el gran Morelos había empezado á cumplir su palabra al cura de Dolores...; marchaba sobre el montañoso país del Sur con todo el poder de un genio marcial!

Afirmamos todavía más. Fué utilísima á la causa de la Independencia la desgraciada acción de Aculco...; fué un ejemplo dolorosamente fecundo que no dejarían de olvidar los caudillos del porvenir!

Calleja dió una buena lección de táctica que había de enseñar á combatir contra los hábiles jefes hispanos, á las pobres huestes insurgentes.

La Guerra de guerrillas y escaramuzas, en los bosques y en las montañas, era la única posible, mientras no hubiese organización, disciplina y elementos propios.

Ya iban á brotar por cien puntos á la vez los jinetes bravíos, los hábiles y gallardos charros, tendiendo el lazo de sus reatas terribles; ya tras las últimas derrotas de las masas independientes, iban surgiendo las pequeñas y rápidas bandas, las guerrillas que con alas de condor se multiplicarían en las sierras, entonando el mismo cántico de libertad!

Toda una nueva táctica formidaria á los realistas después de las tristes lecciones, de las que aun faltaba la más terrible para las armas libertadoras!

